

Tres ensayos y una encuesta en busca de la nación

Leticia Prislei

Universidad Nacional del Comahue / UBA

Este trabajo presenta una descripción, que pretende ser reflexiva, acerca de las representaciones sobre la nación de intelectuales inscriptos en el particular clima de ideas generado a partir de la conmemoración del primer Centenario de la Revolución de mayo de 1810 y los años próximos subsiguientes. Mayo de 1810 constituía una fecha investida con el rasgo dramático de haberse convertido en el parteaguas de la historia rioplatense: el fin del dominio colonial español y el comienzo del país independiente. Mayo de 1910 se asomaría como el momento del balance donde se convocaría a practicar el fascinante ejercicio de conjugar el pasado, el presente y el futuro que permitiese atisbar los rasgos de lo que fuimos, lo que somos y suponemos llegar a ser como colectivo nacional.

La historiografía argentina ha abordado desde variadas perspectivas las cuestiones abiertas en el Centenario. La nueva interrogación que se propone transitar el presente trabajo consiste en el tratamiento del tema focalizado en el campo intelectual argentino, donde se practicará el análisis de los libros que escribieron tres intelectuales que ocuparían el centro de la vida cultural del país y en las polémicas que se derivaron en el período inmediato al fin de los festejos oficiales de la ya centenaria revolución de Mayo y que aparecen expresadas en la encuesta realizada por una promisoria revista, fundada en 1907, que se reconocía con el sugerente nombre de *Nosotros*.

Ese particular acercamiento de la mirada sobre un objeto de estudio lo suficientemente circunscripto pero de una densidad cultural significativa permitirá: 1) describir el modo de autorización de los discursos de los intelectuales que nos ocupan y su colocación respecto de sus pares intelectuales y respecto del poder y 2) analizar los problemas y posibles disputas que atravesaron el campo intelectual a la hora de pensar un presente, imaginar un futuro y seleccionar un pasado donde inscribir a la República Argentina, habida cuenta de los problemas que inquietaban a la dirigencia de la sociedad argentina y de las tradiciones político-culturales que operaron como referente para los intelectuales en el momento de construir sus versiones acerca de la nación.

Las representaciones intelectuales de la nación derivarían –a partir de la coyuntura abierta a principios de siglo– en tensiones, elecciones y formulaciones acerca del modo de conjugar un cimiento ideológico que permitiera articular un colectivo nacional sobre la base de un país donde convergía una inmigración europea de características masivas. Se puede

conjeturar que los modos de proyectar la nación –sobre un sentido común impregnado de convicciones subsidiarias de la matriz positivista– se diferenciarán según preponderen componentes del pensamiento liberal, del pensamiento socialista, o bien de los parámetros provenientes del modernismo literario. La disponibilidad de varias versiones acerca de la nación permitiría identificar, al menos, las posibilidades de articulación de varios discursos nacionalistas. Se abriría, por ende, una exploración donde se podría reconocer el complejo juego simbólico que se desplegó a comienzos del presente siglo hasta la creciente hegemonía de la versión propuesta desde el nacionalismo cultural.

I

1. Entre el campo del poder y el campo intelectual: la colocación de Joaquín V. González, José Ingenieros y Leopoldo Lugones

Las relaciones entre la cultura y el poder adquieren una particular complejidad a principios del siglo XX en la sociedad argentina. Por un lado, se asiste a un proceso de movilización de fracciones de las élites ilustradas provincianas que se trasladan a Buenos Aires, confluendo con el ingreso a la esfera pública de fracciones que provienen de la inmigración europea. Es, por tanto, un momento de recomposición de los sectores dirigenciales que participan en la organización de la cultura.

Por otro lado, la diferenciación de esferas específicas (económica, política, cultural) –características de las sociedades modernas– se encuentra en un período transicional donde aún perviven zonas de superposición de las mismas, pero donde ya se perciben demandas de diferenciación, sobre todo provenientes de sectores de intelectuales que reclaman el reconocimiento de reglas del juego autónomas del resto de los factores de poder. En ese sentido, para la consideración de la situación existente en la sociedad argentina resulta sugerente recurrir a la teoría de los campos propuesta por Pierre Bourdieu.

En términos analíticos, un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Esas posiciones condicionan el lugar de los miembros de esa red y los sitúan respecto de su participación en la distribución– y en la lucha por la apropiación– de diferentes especies de poder, sea éste material o simbólico.¹

De modo que los itinerarios socio-culturales y el posicionamiento de Joaquín V. González, José Ingenieros y Leopoldo Lugones respecto del campo intelectual y del campo del poder posibilitará delinejar las condiciones de producción donde se inscriben las ideas y convicciones desarrolladas en tres ensayos relevantes de la historia intelectual en la Argentina, respectivamente: *El juicio del siglo*, *La evolución sociológica argentina* y *El payador*.

¿Desde dónde se articula la intervención pública de González, Ingenieros y Lugones? Joaquín V. González (1863-1923), originario de la provincia de La Rioja, y Leopoldo Lugones (1874-1938), nacido en la provincia de Córdoba, provienen de familias tradicionales del país. En tanto, José Ingenieros (1877-1925), hijo de un militante socialista siciliano exiliado,

¹ Pierre Bourdieu, “La lógica de los campos”, en Pierre Bourdieu y Loïc J. D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995, pp. 64-65. Véase también, Pierre Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

llega al país en la década de 1880, luego de una breve estancia en Montevideo. Mientras a fin del siglo XIX, González e Ingenieros se encuentran finalizando sus carreras de abogado y médico, respectivamente, Lugones desdeña los estudios académicos y merodea por los círculos intelectuales donde el poeta modernista Rubén Darío lo consagraría prontamente como la promesa literaria más talentosa de Buenos Aires.

Las convicciones anarco-socialistas reúnen a Ingenieros y Lugones, que emprenden una empresa político-cultural común: la fundación del periódico *La Montaña* en 1897. Conjuntamente militan tan fogosa como fugazmente en el Partido Socialista argentino, para emprender en los primeros años de este siglo una ruta al margen de las adscripciones partidarias orgánicas. En cuanto a Joaquín V. González, se instala en las posiciones más altas de la dirigencia política del país, sea en condición de diputado, senador o ministro del Interior y de Justicia e Instrucción Pública, integrando la fracción liberal progresista que participó en los equipos de gobierno de Julio A. Roca. Además, González es el fundador y primer presidente de la Universidad de La Plata, cuidadosamente planeada con el asesoramiento de Leo Rowe –presidente de la Universidad de Pensilvania– e inaugurada en 1906.

No obstante la asimétrica posición respecto del campo del poder donde González, sin duda, ocuparía una posición dominante respecto de los contestatarios y subordinados posicionamientos iniciales de Ingenieros y Lugones, poco después se dibujaría una zona de encuentro en el momento en que González –como emergente de la fracción reformista liberal– habilita una interlocución fluida con los intelectuales preocupados por dar respuesta a la “cuestión social” e invitaría a Ingenieros, entre otros, a participar de la redacción del Código de Trabajo en 1904. Por otra parte, el gobierno de Quintana le encargaría a Lugones la elaboración de un informe sobre educación que se escribiría, en 1910, bajo el título de *Didáctica*. Ese gesto de mano tendida hacia los intelectuales constituiría un espacio donde resultaría posible vehiculizar el intercambio de ideas respecto de los problemas que atravesaban a la sociedad. Pero, simultáneamente expuestos, sea a las demandas provenientes del poder, sea a un ansia urgente por intervenir en el espacio público, González, Ingenieros y Lugones producirían textos donde intentaron diseñar el perfil de la nación.

2. El ensayo histórico-político: *El juicio del siglo*, de Joaquín V. González

Si en la formación de una esfera pública de las sociedades modernas la prensa es un elemento constitutivo imprescindible, en el caso argentino el diario *La Nación* se convertiría desde la segunda mitad del siglo XIX en la tribuna de doctrina del liberalismo argentino. En las cercanías del Centenario, esta publicación convocaría a figuras destacadas de la política, las ciencias y el arte para dejar un testimonio escrito de las reflexiones del mundo intelectual y político del país. El diario fundado por Bartolomé Mitre –autor de la primera versión historiográfica nacional– encomendaría a Joaquín V. González, tal como éste refiere explícitamente, la formulación de una tesis crítica a modo de un juicio del siglo transcurrido desde 1810. El reconocimiento de *La Nación* y el legado que le ofrece al posicionarlo en continuidad con Mitre son confirmatorios de la centralidad de González en el escenario del poder y del prestigio intelectual.

Excusándose de colocarse en el lugar del historiador, cortesía mediante, Joaquín V. González optaría por el género ensayístico desde donde sugeriría la producción más siste-

mática de análisis a los estudiosos de la clásica historia de las ideas y a los especialistas de las nuevas disciplinas que emergían en el ámbito académico nacional: la sociología y las ciencias políticas.

El juicio del siglo traduce el instrumental teórico más difundido en las élites intelectuales de principios de siglo: el positivismo. La reiterada búsqueda del desplazamiento del subjetivismo impresionista condice con la identificación de una legalidad que explicara el devenir histórico. Por ende, en la secuencia narrativa del ensayo, donde se escindirá el siglo en dos períodos: el ciclo de la Revolución y el ciclo de la Constitución, se planteará el propósito de demostrar los motivos que conllevarían la conformación y perduración de la “ley histórica de la discordia intestina” que provocaría dificultades tanto en la resolución de la política interna cuanto de la política externa del país. El análisis de este ensayo, escrito en clave político-institucional, constituye un modo de interrogar los problemas que inquietan a distintas fracciones del liberalismo argentino, así como la identificación de zonas en continuidad o ruptura con la tradición liberal-republicana que se venía conformando desde la primera mitad del siglo XIX.

3. El ensayo sociológico: *La evolución sociológica argentina*, de José Ingenieros

En 1910 José Ingenieros publica *La evolución sociológica argentina*, un texto que había elaborado sobre la base de ideas pergeñadas en varios artículos presentados en congresos científicos nacionales e internacionales y que habían sido publicados en Francia, Italia y España.

Desde la presentación de su tesis doctoral, *La simulación de la lucha por la vida*, mediante la cual alcanzaría su título de médico en 1900, Ingenieros había emprendido la búsqueda de nuevos saberes que iluminaran la comprensión de las conductas individuales y sociales. La criminología, la psicología, la sociología, no sólo se convertirán en sus referentes teóricos desde donde desbordaría la mirada del médico –profesión tradicional, que, como la de abogado, habilitaba para emitir diagnósticos respecto de la sociedad–, sino que se constituirían en el centro de su actividad profesional, sea dirigiendo publicaciones como *Archivos de criminología*, *Medicina legal* y *Psiquiatría*, sea como profesor de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, o bien como primer director del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional y fundador de la Sociedad de Psicología. De ese modo, autorizaría su palabra en la constitución de un lugar erigido a partir de una incesante actividad articulada en torno de la ponderación positiva del saber.

Durante esta primera década del siglo XX, la reflexión de Ingenieros sería capturada por las coordenadas teóricas del biologismo positivista que pretendería conjugar con sus convicciones economicistas. *La evolución sociológica argentina* traducirá la exploración ingenierana donde la precisión del aparato conceptual a utilizar precederá el recorrido de una puesta en práctica de ese universo categorial con el propósito de hacer inteligibles las determinaciones que conducían a la moderna nacionalidad de los argentinos. Su apartamiento de la militancia en el Partido Socialista no significa el abandono de ese horizonte político-ideológico, más bien seguirá siendo un compañero de ruta. En ese sentido, la propuesta analítica de este ensayo sociológico contribuiría a comprender los matices y problemas en el interior de la misma tradición socialista argentina.

4. El ensayo literario: *El payador*, de Leopoldo Lugones

En Leopoldo Lugones se combinarían un linaje ilustre derivado de la participación de sus antepasados cordobeses en la guerra de la independencia y un presente de incertidumbre económica vinculada a la ruina financiera de su familia después de la crisis de 1890. Son precisamente sus vínculos familiares los que contribuyen a abrirle paso en el mundo del periodismo, el arte y el acceso a cargos vinculados al Estado, especialmente en la Inspección de la Enseñanza. No obstante, el talento literario de Lugones sería la base de su tan fulgurante como creciente prestigio en los círculos intelectuales.

Tal como el diario *La Nación* había convocado a González para realizar el análisis histórico-político del Centenario, delegaría en Lugones la escritura de una creación poética alusiva al evento, que puntualmente se concretaría en *La oda a los ganados y las mieses*.

La legitimación proveniente del campo cultural y el lugar atribuido a Lugones en la coyuntura de los eventos de 1910 incidirían en la conformación de la figura del escritor, preocupado por dar cuenta de la emergencia de una literatura nacional. De modo que, inscripto en la renovación vanguardista proveniente del modernismo, se embarcaría en la búsqueda de una tradición cultural que proveyera a la Argentina de elementos capaces de suturar la plural y polimórfica sociedad inmigratoria. Dicha búsqueda se iniciaría en 1911 al escribir en Europa el esbozo de los capítulos que adquirirían las formas de conferencias en 1913 y finalmente se editarían como libro en 1916 bajo el título de *El payador*. No obstante, el nacionalismo estaría atravesado en esos años por debates donde emerge la disputa simbólica que conmovía a la dirigencia intelectual y política del país. El análisis de la obra de Lugones al sancionar el *Martín Fierro* como el poema épico de la nacionalidad argentina es otro de los hilos que permiten reflexionar sobre la trama del itinerario de las ideas nacionalistas en la Argentina.

5. La revista *Nosotros*: convocatoria al campo intelectual y político

Hacia 1900, junto al suplemento cultural de los grandes diarios, grupos juveniles con inquietudes intelectuales comenzarían a intentar la aventura de montar revistas culturales. De ese modo surgirán, entre otras, *La Nueva Revista*, *La Revista de América*, *La Quincena*, *El Mercurio de América*. Empresas de corta duración pero que irían constituyendo un tejido cultural donde pudieran arraigar iniciativas de más larga presencia.

Precisamente en 1913, cuando Lugones irrumpiera con sus conferencias, se estaba instalando con éxito creciente en el campo intelectual una revista cultural: *Nosotros*. Fundada en 1907 por dos estudiantes de literatura: Roberto Giusti (1887-1978) y Alfredo Bianchi (1882-1942), la revista concitaría la simpatía y adhesión de la fracción culta de la élite dirigente tradicional y abriría sus páginas a las producciones juveniles de autores que descendían de viejas familias criollas, y otros, como los directores de *Nosotros*, que formaban parte de la reciente ola inmigratoria.

Las propuestas que se estaban diseñando en el campo literario respecto de una naciona- lización cultural serían el incentivo para que *Nosotros* lanzara una encuesta convocando las opiniones de quienes se consideraban las figuras más representativas del pensamiento nacio- nal. El estudio de las respuestas a los interrogantes de *Nosotros* conforma un testimonio más

que sugerente del estado del debate en esos momentos y de las alternativas que se prefiguran en la historia político-cultural del país.

II

1. Las representaciones intelectuales de la nación: la inscripción de los textos en las tradiciones liberal, socialista y nacionalista en la Argentina

Dado que la lectura a realizar se centrará en las representaciones de los intelectuales respecto de la nación, se puede convenir con Raymond Williams en que

[...] el análisis de la representación no es un tema separado de la historia, sino que las representaciones son parte de la historia, contribuyen a la historia, son elementos activos en los rumbos que toma la historia, en la manera como se distribuyen las fuerzas; en la manera como la gente percibe las situaciones, tanto desde dentro de sus apremiantes realidades como fuera de ellas.²

Las representaciones son un campo propicio para proceder a un análisis que remite a un doble plano. Por un lado, a la lectura del juego un tanto ciego que implica a los contemporáneos de un proceso donde se están constituyendo varias versiones de una experiencia histórica que involucra tanto a los autores de las mismas condicionados por sus respectivos posicionamientos, cuanto al de los colectivos sociales que se apropiarán, descartarán, se identificarán o rechazarán esas representaciones que se ponen en circulación desde la cultura letrada. Por otra parte, la primera década del siglo es un momento donde las tradiciones selectivas del pasado se ponen en discusión, lo cual indica una recomposición de los ejes donde pretenden asentarse las nuevas lecturas del pasado que empezarán a desandar el camino de la conformación de un sentido común avalado colectivamente desde la organización institucional de la cultura, en forma privilegiada por la escuela primaria.

Sin duda, el complejo juego de producción, circulación y consumo de los bienes simbólicos implica un juego dialéctico, en el sentido de dialógico, donde las tres instancias mencionadas –siempre que exista alguna zona de entendimiento común– puedan ejercitar el disenso, el debate, la resolución negociada del conflicto o las eventuales confrontaciones que conlleven a la formación de campos de significaciones tan opuestos que resultan impermeables a toda posible comunicación.

En ese sentido, el análisis de los textos de González, Ingenieros y Lugones remite a considerar las tradiciones político-culturales donde se inscribieron con el objeto de comprender el estado de las cosas en el momento de su enunciación, así como a reflexionar sobre las derivaciones a posteriori de los problemas o núcleos ideológicos que se configuraron en el Centenario. ¿Cómo se había conformado la tradición liberal hasta el momento de la escritura de los textos mencionados?

Es sabido que las primeras versiones sistemáticas sobre los rasgos deseados de la nación pensada para suplantar el desierto argentino fue obra de la llamada Generación de 1837, de-

² Raymond Williams, *La política del modernismo*, Buenos Aires, Manantial, 1997, p. 219.

nominación bajo la cual, sea en condición de protagonistas, sea en la de compañeros de ruta, se puede colocar, entre otros, a Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Marcos Sastre, Domingo Faustino Sarmiento. Dos figuras se destacan en esa configuración cultural si tomamos en cuenta la densidad de su producción intelectual: Sarmiento y Alberdi.

En ambos, el liberalismo se habría instalado como referente insoslayable en su horizonte de ideas. De modo que se puede apelar, siguiendo a Natalio Botana,³ a la clásica distinción de Benjamin Constant entre libertad de los antiguos y libertad de los modernos para interpretar las concepciones de la nación que imaginaron, respectivamente, Sarmiento y Alberdi. Mientras el primero acentuaría la necesidad de formar ciudadanos comprometidos con la participación en el foro público en procura de organizar la República de la Virtud, el segundo aspiraría a sedimentar las libertades civiles extendidas al conjunto de los habitantes que en el afán de alcanzar el bienestar dieran existencia a la República del Interés. Alberdi confiaría en afianzar una República posible que, modificando costumbres, desarrollara una sociedad industriosa y disciplinada, para recién avanzar hacia la República verdadera que ampliara las libertades políticas sobre un colectivo libre de faccionalismos demoradores del logro del progreso del país. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la consolidación de un marco jurídico institucional que garantizara las libertades individuales y facilitara la constitución de un mercado nacional vinculado al mercado internacional, se conjugó en gran parte en tensión con la organización de un Estado nacional que intervenía activamente en su afán por establecer los límites territoriales y la comunidad de creencias donde afirmar la idea de una nación. Si en el primer caso el espacio nacional se amplió con la incorporación de los territorios nacionales, en el segundo se sumarían las medidas elaboradas por el Ministerio de Educación –donde se establecerían desde el calendario de fechas patrias y los festejos cívicos hasta la formulación de catecismos patrióticos a principios del siglo XX– y una producción literaria de sesgo criollista que empezaría a dibujar en la figura del gaucho el símbolo síntesis de la argentinitud.

No obstante, el pasaje de la República posible a la República verdadera se convertiría en uno de los problemas centrales de la dirigencia liberal de principios del siglo XX. La transición de la existencia de un orden político –donde la soberanía del pueblo habría sido el argumento a partir del cual el régimen político asentaría el funcionamiento de una democracia restrictiva– hacia el establecimiento de una democracia representativa basada en el efectivo ejercicio de la igualdad política a través del sufragio efectivamente garantizado sería una de las tareas que la fracción reformista de la dirigencia liberal pretendía llevar a cabo cuando Joaquín V. González publicara *El juicio del siglo*.

El fin de siglo también había traído consigo otros efectos del proceso de modernización: la paulatina organización de sectores populares en torno de las ideas anarquistas y socialistas. Si el anarquismo por autodefinición consideraría irrelevante la idea de nación; el socialismo, en la medida en que en 1896 conformara su partido e ingresara a la arena política, se vería en la necesidad de debatir la llamada “cuestión nacional” con el resto de las fuerzas políticas que integran el sistema.

Por una parte, el socialismo –mediante la creación de una red de instituciones (bibliotecas y centros de cultura populares, Sociedad Luz, el diario *La Vanguardia*, cooperativas, gre-

³ Natalio R. Botana, *La Tradición Republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

mios obreros) que posibilitarían a los extranjeros el conocimiento del idioma, la idiosincrasia, las leyes y la organización política y civil del país— cumpliría una función de “asimilación nacional” de los inmigrantes.⁴ Por otro lado, sus dirigentes enfrentarían la necesidad de elaborar versiones del pasado argentino a fin de inscribir las luchas de los trabajadores argentinos en el escenario de la construcción de la sociedad socialista del futuro. Precisamente esa mirada hacia el pasado a fin de orientar el rumbo futuro marcaría las diferencias entre las lecturas que realizaría el dirigente político más importante del Partido Socialista argentino, Juan B. Justo, de la propuesta generada por José Ingenieros en los alrededores del Centenario de la Revolución de Mayo. Ambos coincidirán en basar su interpretación en la lucha de clases a partir de la cual se discriminarían sujetos, etapas e intereses diferentes. Pero, mientras Justo enfrentaría el creciente nacionalismo del Centenario como una mistificación ideológica y diluiría la noción de nación en el borramiento de las fronteras alentado por los intereses económicos del capitalismo y por la universalización de valores derivados de la ciencia y el arte, el particular modo de conjugar positivismo y socialismo de Ingenieros provocaría la conformación de una versión donde la nación adquiriría centralidad como clave explicativa del proceso histórico moderno.⁵ En ese sentido, *La Evolución Sociológica Argentina* es un testimonio sugerente para el análisis de una cuestión que suscitaría hondos debates entre los integrantes del universo ideológico segundointernacionalista.

En tanto el positivismo lograba capturar a fracciones intelectuales y políticas con su promesa de alcanzar un conocimiento científico de la sociedad, otras entonaciones de corte espiritualista comenzarían a difundirse en las estribaciones del fin de siglo. En ese sentido, la historiografía coincide en aceptar que durante la primera década del siglo XX se comenzaría a desarrollar una producción intelectual proveniente del campo literario que sentaría las bases de una elaboración doctrinaria del nacionalismo argentino.⁶ Si bien la consolidación de las versiones del nacionalismo integrista y xenófobo se alcanzaría entre fines de la década del veinte y la del treinta, ya a inicios del siglo pueden detectarse algunos núcleos ideológicos (raza, linaje cultural, latinismo, catolicismo, aristocratismo) que marcan el inquietante resultado al que se arrivaría poco después.

Sin embargo, no se trataría simplemente de analizar un juego lineal de filiación ideológica, sino más bien de volver a pensar el modo en que ciertos argumentos se cruzaron con ciertos fenómenos socio-políticos que conformaron la tematización de la tradición nacionista en la Argentina.

Si se entiende con Raymond Williams que en los procesos culturales es imprescindible identificar las formaciones culturales que caracterizan una época —en el sentido de movimiento de ideas que tienen una relación a veces cierta, pero otras ambigua y solapada con las instituciones— podemos considerar el modernismo cultural como ese telón de fondo donde anidarían los rasgos culturales de inicios de este siglo y *El payador* de Lugones como uno de los documentos más relevantes para su análisis.

⁴ José Aricó, “El socialismo de Juan B. Justo”, Buenos Aires, *Espacios de crítica y producción*, No. 3, diciembre de 1985, p. 55.

⁵ Oscar Terán, *Jose Ingenieros: Pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986, pp. 28-58.

⁶ Carlos Payá-Eduardo Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978, y David Rock, “Intellectual Precursors of Conservative Nationalism in Argentina 1900-1927”, *Hispanic American Historical Review*, mayo de 1987, pp. 271-292.

Liberalismo, socialismo, nacionalismo se encuentran, se cruzan, se rechazan, se conjugan en las argumentaciones de los sujetos participantes de la sociedad argentina del Centenario en un período donde se alternan, y a veces se confunden, tonos celebratorios, temerosos o esperanzados. Esa convivencia incómoda donde aún nada parece estar definido con nitidez constituyen los momentos privilegiados para convocar la curiosidad y la investigación histórica. Con ese objetivo volveremos a interrogar los textos de González, Ingenieros y Lugones.

2. *El juicio del siglo: analizar dilemas de la tradición liberal*

La lógica que rige el texto de González organiza el hilo argumental instalando en el centro una cadena causal que, a pesar de la cesura temporal impuesta por la sanción de la Constitución Nacional de 1853, permite identificar las tendencias originarias que aún incidirían en la Argentina de 1910, sea obstaculizando el ingreso pleno del país a la moderna sociedad de las naciones, sea marcando el rumbo que contrarrestaría las amenazas regresivas e impulsaría el país hacia el porvenir.

Si las nacionalidades no serían “árboles adventicios nacidos en tierra movediza” sino que hundirían sus raíces en tiempos y generaciones pasados, González iniciaría un primer acercamiento a la experiencia histórica del país donde considera que la ley de la disputa interna se ha instalado desde que los conquistadores españoles, agentes de la ambición y del anhelo de riquezas, desataron la resistencia de las masas y las convirtieron en agentes de la protesta popular.

Este diagnóstico abre paso al problema que atraviesa el texto de González: la legitimidad política de las dirigencias que han ejercido y ejercen el poder en estas tierras. En ese sentido, el orden colonial mal podía fundarse en una legitimidad que descansara en la soberanía popular. Pero, al romperse el pacto colonial no resultaría menos dificultosa la empresa de erigir un armazón institucional capaz de contener y expresar la voluntad del pueblo. Precisamente en la resolución de los conflictos, una y otra vez, confrontarían un par de opuestos: las instituciones y la fuerza militarizada, instalando en el país lo que González –evocando a Alberdi– caracterizaría como la tradición ejecutiva de gobierno en la Argentina.

En esta nación, que Mitre en la *Historia de San Martín* había imaginado signada desde el principio por el mandato de ser republicana y democrática, González trataría de observar científicamente los motivos que condicionaban la tendencia a la inorganicidad institucional tanto de los sectores dirigentes, cuanto de los populares. Respecto de los primeros, en el momento de iniciarse la revolución de 1810, dos grupos diferenciados constituirían una “minoría sana” dispuesta a cumplir su rol dirigencial. Uno provendría de las familias más cultas del interior provinciano que habrían formado a sus hijos en las universidades de Córdoba, Charcas o Chile donde la literatura clásica les habría provisto de elementos para odiar a las tiranías. El otro residía en el litoral y se habría imbuido de las nuevas ideas ingresadas a los puertos por la apertura reformista de la monarquía borbónica encarnada en Carlos III –rostro díctio-chesco ilustrado que representaría el único referente aceptable para rescatar de la herencia hispánica– y la irrupción del librecomercio durante las invasiones inglesas. La confluencia de estas formaciones culturales distintas se materializaría en la Primera Junta del gobierno patrio a través de la confrontación entre Cornelio Saavedra y Mariano Moreno, figuras emergentes de un encuentro conflictivo. La derrota de Moreno significaría la marginación de la más pu-

ra expresión de la consolidación de la democracia y los valores cívicos. En tanto, la expulsión de Saavedra simbolizaría el derrumbe de la idea federativa. Este primer fracaso abriría las puertas al oscuro camino de las guerras civiles.

Si bien las reformas rivadavianas en la década de 1820 con su intento de ordenamiento institucional y creciente laicización de la sociedad implicaría el primer mojón del afianzamiento del rumbo hacia la implantación de una sociedad moderna, la posterior tiranía de Rosas implicaría el “retardo institucional de un siglo”. La figura de Juan Manuel de Rosas activaría precisamente el recurso a otro par de opuestos que recorren el texto: la pasión confrontada a la razón. Si por un lado quedaría explicitado que los tiranos noemergerían de las clases populares sino de los sectores más encumbrados de la sociedad, acentuando la intervención decisiva de los mismos en la política nacional, por el otro, el fundamento de la idea nacional en Rosas se asentaría en la agitación de las pasiones populares sostenidas en las aspiraciones nacionales de integridad y defensa del territorio que el caudillo se esforzaba por presentar amenazada por la invasión extranjera impulsada por los “traidores” unitarios.

Sólo la amenaza desarticuladora proveniente de las pasiones empezaría a ser contenida con cierta eficacia a partir de la promulgación de la Constitución Nacional de 1853. Porque si bien la legitimidad de la Generación del 37 se justificaría en su lucha contra la tiranía, la misma sería una legitimidad incompleta hasta tanto no se instituyera un marco jurídico que reglara la entera vida nacional basándola en el imperio razonable de la ley. Pero aun así quedaría una tarea sustantiva pendiente, traducir la soberanía popular en el saneamiento de las instituciones de la república a través del libre ejercicio del sufragio popular.

Aunque González enumeraría los logros alcanzados por los gobiernos post-constitucionales, se detendría en el análisis de las condiciones que pesaron sobre los sectores populares para caer subyugados ante los caudillos y por demorar su participación real en la república constitucional. Por una parte, encontraría en el sistema colonial español que no permitiera ni la libertad de trabajo, ni la libertad de aprender las causas profundas de la falta de educación del pueblo. Pero por otra, ajustaría cuentas con la misma tradición liberal al criticar la disolución del cabildo como institución impulsora de la democracia municipal llevada a cabo por Rivadavia en su afán de centralizar el poder.

Por tanto, una doble obra de educación, aún inacabada, se habría estado librando en la Argentina: una, en dirección a las clases populares con la promulgación de legislación que garantizara los derechos civiles y avanzara en la extensión de los derechos políticos; la otra, involucraba a los sectores dirigentes que, infisionados de faccionalismo, habrían demorado la consolidación de la república al dificultar la afirmación del autogobierno y del federalismo capaces de conjurar la amenaza de la tiranía.

No obstante, González realizaría un balance final donde analizaría tanto las continuidades deseables, cuanto la necesidad de correctivos que permitieran dar respuesta a los dilemas pendientes en la vida político-institucional argentina:

Los tiempos nuevos pueden traer política nueva, sin duda alguna; pero no será jamás para desviar o derogar de hecho los conceptos formados y sancionados con la acción definitiva de otras generaciones, hasta crear una conciencia jurídica nacional; y en tanto que esta conciencia está formada y ella pueda expresarse por todos los medios directos y reflejos en que la opinión colectiva se revela con fuerza decisiva, el derecho construido por nuestra historia de ayer será sustentado por la de mañana, y la nación del siglo xx, no podrá ser más que el desarrollo más pleno

no y seguro de la gran curva ascendente que comienza con la primera década de vida de la constitución. La República Argentina [...] no tiene interés de adoptar una política de expansión material, única que puede romper el equilibrio que mantiene en su medio geográfico; tampoco se ha propuesto jamás como apparentara Rosas la recóndita cuestión de reivindicaciones históricas [...]. Por otra parte, el más grave de todos los problemas interiores, el de la educación política, cuyas degeneraciones progresivas empiezan a alarmar las conciencias más ilustradas y serenas, atraerá todavía por largo espacio la totalidad de las energías de la masa, que se alejará así de la contemplación de objetivos distantes o extraños a la esfera de vida ordinaria.⁷

Si una era constitucional progresiva parecía devenir en la república, González era un participante activo de las reformas que habrían de reglamentar el derecho de sufragio, estableciendo el voto secreto, universal masculino y obligatorio. Durante los debates parlamentarios que llevarían a la sanción de la Ley electoral de 1912, González confrontaría con el diputado Indalecio Gómez. El primero, apelando a la experiencia histórica europea y de algunos estados norteamericanos propiciaría el voto voluntario y el sistema uninominal que exigía una controlada emergencia de candidatos asentada en el supuesto del saber selectivo de los votantes. Al mismo tiempo confiaba en la educación que se podría ejercer sobre el pueblo a través del afianzamiento de partidos políticos con programas y principios sólidos, ponderando la acción que en ese sentido estaban desarrollando –desde la oposición al gobierno– los dirigentes socialistas y radicales. La línea argumental de González, centrada en considerar la contradicción que percibía entre estructura institucional y fuerzas sociales, se diferenciaría de Gómez, que realizaría un análisis ético-institucional impulsando el voto obligatorio y el sistema de lista incompleta,⁸ posición que finalmente se aprobaría en el Parlamento.

González imaginaba una república gobernada por una “clase superior de capacidades directivas” ilustradas por el saber adquirido en las universidades que legitimara su poder con el ingreso paulatino de los ciudadanos que voluntaria y conscientemente participaran de la vida político-institucional del país. La desconfianza en las pasiones de la multitud lo llevaba a acentuar la idea de encauzar la formación de los ciudadanos en el conocimiento de los principios constitucionales y el trabajo de los partidos políticos. Una nación republicana constitucionalista parecía aguardar la consolidación de una gradual y paulatina democratización de la política donde la cosmopolita presencia del inmigrante que venía a sanear la herencia regresiva de la España preborbónica pudiera incorporarse a través de la emergencia de la “raza nueva”. Esa noción de raza, despojada de su significado genético por el acento puesto en lo cultural, no deja, sin embargo, de provocar tensiones en el pensamiento liberal de González, ya que actúa de modo condicionante, arrinconando el despliegue de la idea de libertad.

Por otra parte, desde fracciones de la dirigencia liberal se estimularía una educación patriótica que incluía a conscriptos y escolares. Se implantó la ceremonia de la Jura de la bandera, se sistematizó el festejo del 25 de mayo que en las celebraciones del Centenario incluiría un desfile de 20.000 niños frente al Congreso, se incluyó también la obligatoriedad de un homenaje diario a la bandera en cada escuela del país y el recitado catequístico de fórmulas tales como la siguiente:

⁷ Joaquín V. González, *El Juicio del Siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979, pp. 166-168.

⁸ Para un análisis pormenorizado del debate, véase Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 251-291.

- P. –¿Cómo se considera Ud. con relación a sus compatriotas?
- R. –Me considero vinculado por un sentimiento que nos une.
- P. –¿Y qué es eso?
- R. –El sentimiento de que la República Argentina es el mejor país del mundo.
- P. –¿Cuáles son sus deberes como buen ciudadano?
- R. –Primero de todos amar al país.
- P. –¿Aun antes que a sus padres?
- R. –Antes que a todo.⁹

La ciudadanía se entendía para estas estrategias como la formación sentimental-afectiva de la pertenencia al territorio nacional. Concepción demasiado cercana a las pasiones que preocuparon a Alberdi e inquietaban a González. La nación a modo de entidad supraindividual dotadora de sentido de la entera vida cívica de las personas entraba en tensión con la figura del individuo sobre la que se sostiene la ideología liberal. Este dilema no parecía fácil de resolver en el interior de una dirigencia que urgida por la tarea de tornar gobernable el país estaba apelando a una combinación de elementos provenientes de familias ideológicas diferentes que no tardarían en dar frutos preocupantes.

3. La evolución sociológica argentina: revisar problemas de la tradición socialista

La composición de este texto de Ingenieros –incluido en la convocatoria efectuada por el diario *La Nación* para los festejos del Centenario– tiene las marcas del investigador que vuelve sobre su escritura y organiza la secuencia definitiva que se cierra en el momento de la edición del libro. De ese modo, la primera parte –escrita en 1908– es una consideración general acerca de la sociología como disciplina científica; la segunda contiene el análisis de la evolución sociológica argentina y se basa en la reescritura de ponencias y artículos presentados en el país y el extranjero entre 1901 y 1906; finalmente, la última parte, especialmente escrita para la edición de 1910, se refiere a las características de la nacionalidad y la función del nacionalismo en el mundo de inicios del siglo XX.

La diferencia, explícitamente enunciada por Ingenieros, entre el político –empeñado en la intervención directa en el poder y sujeto al uso de los juicios de valor– y el científico social –analista de los hechos sociales y las transformaciones políticas– sirve de encuadre para delinear los alcances y las claves de su reflexión intelectual. De manera que la contribución del sociólogo consistiría en describir las condiciones que determinan las acciones de los hombres en las sociedades y con esa finalidad Ingenieros opera desde las nociones del archivo social darwinista, enfatizando en particular el carácter explicativo de las determinaciones del medio geográfico y de la raza.

En ese sentido, la historia de la humanidad sería considerada como la historia de la lucha de razas donde la supervivencia sólo estaría al alcance de los más aptos. Ingenieros no duda –al igual que las referencias intelectuales que sobreabundan, incluyendo desde Max Nordau a Aquiles Loria– de que la raza blanca venía demostrando históricamente su supe-

⁹ James R. Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios. 1870-1910*, Buenos Aires, Solar / Hachette, 1977, p. 312.

rioridad ya que siempre se habría colocado a la vanguardia de las transformaciones económicas y políticas.

Pero, si bien los condicionamientos biológicos son significativos, en el mundo social las condiciones de la lucha por la vida serían modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Razón por la cual el análisis sociológico debería tener en cuenta tanto los condicionamientos biológicos como las determinaciones de las formaciones económicas donde se inscribiría el desarrollo evolutivo de las sociedades. A partir de estos parámetros teóricos se situaría la formación de la nacionalidad argentina como un episodio de la lucha de razas vinculada a la expansión de la raza blanca hacia el continente americano.

La llegada de Europa a América se describirá desde la recurrente comparación entre la colonización inglesa a América del Norte y la española a América del Sur. Mientras la primera habría trasplantado su organización económica e institucional modernas a través de colonos que desalojaron a los indígenas y ocuparon progresivamente las tierras necesarias para trabajar, la segunda se caracterizaría por encontrarse en un estadio de desarrollo aún inscripto en la formación económica feudal que condicionaría el reparto de la tierra a los conquistadores, generando desde el inicio un régimen latifundista. Además, ese atraso también se traduciría en el despotismo político de su sistema institucional y en la falta de refinamiento que conllevaría al mestizaje racial con los indígenas. Por ende, las dos corrientes de raza blanca que conquistaron y colonizaron América se habrían encontrado en distintas etapas de evolución económica y por tanto contribuirían a la formación de sociedades diferentes.

Montesquieu y Herder serían la referencia a partir de la cual se argumentaría que el clima también contribuiría a la localización de grupos étnicos blancos en las zonas templadas, mientras las razas de color se agruparían en los territorios más cálidos, determinando de esa manera costumbres y hábitos diferentes, plenos de laboriosidad los primeros y tendientes a la molicie los segundos.

A pesar de sus estigmas originarios, la emancipación del vínculo colonial español llegaría a través de los “descendientes menos mestizados”, que no se habrían resignado a quedar excluidos de los privilegios económicos y administrativos. No obstante, la causa determinante de la independencia habría sido la decadencia económica y política de España.

Sin embargo, la persistencia de la formación económica feudal heredada de España incidiría en el país más allá de la primera mitad del siglo XIX. El régimen rivadaviano sería tan fugaz y luminoso como extemporáneo. Su propósito voluntarista de transformar el régimen feudal de la tierra a través de la ley de enfiteusis que pretendía implantar la pequeña propiedad caería en el fracaso.

No obstante, la evolución seguiría su camino ya que comenzarían a desarrollarse metódicamente la agricultura y la ganadería, reemplazando el primitivo pastoreo por la estancia. El exponente más conocido de esta transición habría sido Rosas, propietario, socio y administrador de extensas estancias que habría llegado a formar “un verdadero *trust* del negocio de haciendas”. Estas transformaciones incidirían para que en el ámbito de la política se produjera el pasaje del “caudillismo inorgánico” inicial al “caudillismo organizado”, que se diferenciarían porque este último habría implicado la subordinación de los pequeños señores feudales para poner al país en la senda de la conformación de un estado nacional unificado. Por otra parte, la persistencia del régimen caudillista se habría sostenido en un “proletariado rural ignorantísimo y compuesto de mestizos” que habría seguido ciegamente a sus patrones.

De modo que Ingenieros propondría el análisis de Rosas desprovisto de juicios moralizantes para situarlo como emergente de la transformación económica de la Argentina agropecuaria que finalmente terminaría por expulsarlo del poder para desplegar plenamente su riqueza en la inserción sin trabas a los mercados internacionales.

Así, de la antigua clase feudal habría surgido una clase agropecuaria poderosa y una clase capitalista naciente. El caudillo habría devenido estanciero, el gaucho se convertiría en peón y una fuerza nueva vendría a sumarse: los colonos inmigrantes. Esta fuerza social sería el origen de la transformación definitiva del régimen feudal en agropecuario ya que al ritmo de su trabajo irían consiguiendo el acceso a la pequeña propiedad de la tierra. No obstante, el país exhibiría aún un proceso de desarrollo desigual porque fuera del litoral y Cuyo aún se mantendría una economía de rasgos feudales. De todos modos, el comercio y algunas industrias se encontrarían en expansión y el aumento de las vías de comunicación interna posibilitaría la circulación de los productos que irían fortaleciendo la emergencia de una burguesía capitalista y liberal. La traducción política de estos cambios producidos en la estructura económica es que conformarían las bases probables de la organización futura de la vida nacional.

Ingenieros, al igual que el conjunto del socialismo segundointernacionalista, creía en una transparente y lineal vinculación entre intereses de clase y formación de partidos políticos. Desde la apelación al modelo inglés imaginaría que la clase rural integrada por los grandes terratenientes estaría representada por el Partido Autonomista Nacional y serían los *tories* de la política argentina. En tanto, la burguesía más vinculada a los intereses industriales y comerciales surgida del desenvolvimiento del régimen capitalista que se inscribiría en la tradición liberal de los antiguos unitarios constituiría el partido de los *whigs*. Por último, el incipiente proletariado rural e industrial se encaminaría, más rápidamente el segundo que el primero, a integrar las filas del socialismo.

De cualquier forma, Ingenieros –tomando como referencia al socialista italiano Aquiles Loria– aclararía que la clase terrateniente y la burguesa buscarían cooptar, aunque fuera temporalmente, al proletariado en procura de mantener su predominio económico. Junto con la lucha de clases, esa transitoria cooperación de clases permitiría al proletariado obtener reivindicaciones aprovechando los conflictos que podrían enfrentar a las dos clases dominantes. En ese sentido, sería necesario identificar a las fracciones reformistas e Ingenieros señalaría explícitamente a Joaquín V. González –homologado al inglés Robert Peel– como la figura progresista más representativa del programa conservador cuyos proyectos de legislación del trabajo sólo se encontraban incumplidos por la obstaculizadora acción del burocrático Departamento Nacional del Trabajo.

Así como en el interior de las sociedades los hombres tenderían a agruparse en clases para luchar por sus intereses y su supervivencia, el mismo fenómeno se trasladaría respecto de la formación de colectivos nacionales que permitieran luchar por la vida en el contexto internacional.

En orden a dar cuenta de ese proceso, Ingenieros relaciona la formación de una nacionalidad con la emergencia del nacionalismo. Si la formación de la nacionalidad argentina sería el producto de dos migraciones eminentemente latinas, un sentimiento común supraindividual y supraclásica se habría ido desarrollando hasta conseguir la “unificación mental” de la heterogénea sociedad argentina. La homogeneización de creencias, costumbres e ideales –estimulados por la escuela– se habría afianzado en los últimos años ya que la intensificación

del sentimiento nacionalista correría parejo “con el incremento de la capacidad económica nacional”. De modo que el nacionalismo sería un fenómeno natural.

Esta naturalización también se extendería al considerar la tendencia de los grandes estados a coordinar a los estados menores en torno de los propios intereses. Por ende, el imperialismo no sería más que una consecuencia natural de la realización plena de las naciones embarcadas en la ruta del progreso. En ese sentido, Ingenieros dirige la mirada a América del Sur y se detiene en el análisis de la Argentina, Chile y el Brasil a la luz de los factores que determinarían el porvenir de su nacionalidad: la extensión territorial, el clima, la riqueza natural y la raza. Sus conclusiones serían:

El desarrollo actual de la nacionalidad argentina se acompaña de una intensificación del sentimiento nacionalista. Su aumento populativo, su capacidad económica y las condiciones del medio en que evoluciona, permiten entrever su función sociológica futura en la América latina.

Si la influencia política, intelectual y social en Sud América ha de corresponder a la nación más favorecida por la convergencia de factores naturales, la Argentina reúne los cuatro elementos básicos: territorio vasto, tierra fecunda, clima templado, raza blanca. El Brasil conserva las ventajas inherentes a su extensión y población mayor; la Argentina progresó relativamente más que el Brasil. Considerando el porvenir inmediato de ambas naciones, según su desarrollo actual y teniendo en cuenta el clima y la raza, se advierte que las probabilidades están a favor del clima templado y de la raza blanca.

El desenvolvimiento de la nacionalidad argentina tiene sus mejores ventajas en la paz internacional. Su extensión, su fecundidad, su población y su clima la predestinan a ser el centro de irradiación de la futura raza neolatina en la zona templada del continente sudamericano.¹⁰

El imbricado ensayo de Ingenieros donde la noción de raza alcanza una relevancia vertebradora del texto se inscribe en el conjunto de ensayos sociológicos que alrededor de esos años formularon, entre otros, Jose María Ramos Mejía y Carlos Octavio Bunge.

Sin embargo, dada la relevancia y el respeto intelectual que Ingenieros concitaba entre los militantes del socialismo resulta particularmente interesante considerar la posición que tomara Juan B. Justo respecto de esa articulada interpretación de los procesos sociales. El fundador del Partido Socialista argentino, imbuido del clima de ideas de la época, habría partido para la elaboración de su libro *Teoría y práctica de la historia* de los presupuestos biológico-sociales en boga, pero arrivaría a conclusiones que cuestionarían este punto de partida. En ese sentido afirmaría:

¿Para qué hablar de razas? No puede conducirnos sino a un orgullo insensato o a una deprimente humillación. Todo pueblo físicamente sano tiene en sí los gérmenes de las más altas aptitudes, cuyo desarrollo es sólo cuestión de tiempo y de oportunidad. Desconfiemos de toda doctrina política basada en las diferencias de sangre, uno de los últimos disfraces científicos de que se han revestido los defensores del privilegio. Ellos dicen, por supuesto, que la clase trabajadora es de una raza inferior a la de los señores.¹¹

¹⁰ José Ingenieros, *Sociología argentina*, Buenos Aires, Ediciones L. J. Rosso, 1939, p. 93.

¹¹ Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, Buenos Aires, Lotito y Barberis, 1915, p. 21.

La advertencia de Justo descartaría tanto la eficacia social y política de las fórmulas racistas que opacarían las relaciones económicas reales, cuanto el determinismo biológico que obturaría la aparición de la voluntad de la clase trabajadora, único sujeto consciente capaz de autoconstruir su propio destino.

Sin duda, el utilaje nocional proveniente del biologicismo positivista crearía problemas en el interior de los discursos que pretendían fincar sus convicciones en el socialismo. Las tensiones que provoca esa combinación resultarían evidentes en el caso de Ingenieros, que termina imaginando una nación-potencia sudamericana donde el eje central de la lucha de clases quedaría opacado por la exaltación de la nacionalidad.

Por otra parte, aunque Ingenieros tomaría distancia respecto de las posiciones racistas jugadas en el interior de la raza blanca diferenciándose de planteos antisemitas como los de Gobineau, parecían matices que la práctica política borraba en el Buenos Aires de 1910, donde junto a la represión de los obreros y la prensa socialista y anarquista se producían asaltos contra los judíos en las zonas pobladas más densamente por los mismos. No obstante, Ingenieros en esos momentos y en la década del veinte tomaría una abierta y pública posición en contra de esas políticas.

De todos modos, lo que interesa destacar es esa suerte de extendido consenso al biologicismo como clave de un análisis considerado científico de la realidad, que vinculado a la noción de nación alcanzaría también las filas del pensamiento socialista provocando tensiones difíciles de resolver.

4. *El payador*: pensar itinerarios de la tradición nacionalista

A tres años de Mayo de 1910, el diario *La Nación* anunciaría a sus lectores que habían finalizado “tan victoriamente como comenzaron, más aún, si fuera posible admitirlo o imaginarlo”, las lecturas de los capítulos de *El payador* mediante las cuales el escritor Leopoldo Lugones se había postulado como el agente de una íntima comunicación nacional “entre la poesía del pueblo y la mente culta de la clase superior”.

El escenario de esa empresa había sido el teatro Odeón, donde la selecta y nutrida concurrencia había contado entre los asistentes al presidente de la Nación, Roque Saénz Peña, y a sus ministros, entre los cuales figuraba Indalecio Gómez, autor de la ley electoral de 1912.

Es sabido que el Odeón ya tenía una tradición de conferenciantes consagrados entre los cuales se podría mencionar a Anatole France, Jean Jaurés, Enrico Ferri, Georges Clemenceau. Cabría entonces preguntarse qué habría expresado Lugones durante sus disertaciones para concitar tanto entusiasmo en la prensa y en la élite porteñas.

Lugones se había vuelto sobre el *Martín Fierro*, obra poética de José Hernández que desde su publicación en 1872 había suscitado una demanda inusual en distintos sectores de la sociedad, para revelar que en sus páginas se escondía el poema épico de la nacionalidad argentina.

Ese autoproclamado don profético del poeta –capaz de interpretar lo que había permanecido oculto para Hernández en la ignorancia de la trascendencia que tendría su composición– desnudaría en Lugones la ideología de artista a partir de la cual se investía para emprender la operación de la constitución de un lugar que autorizara su discurso.

La verosimilitud que despertara su apuesta daría cuenta de los itinerarios del nacionalismo en la Argentina del Siglo XX temprano. Precisamente el recurso a la poesía épica implicaría la elección de un género que posibilitase narrar la heroica formación de la “raza argentina” y formular el secreto de su destino porque producir un poema épico significaría para un pueblo –según traducía el poeta Lugones en un tono de reminiscencias nietzscheanas– acreditarse un certificado de aptitud vital y expresar la vida heroica de una raza.

Liberado del discurso de demostración de los ensayos científicos, Leopoldo Lugones, privilegiando la dimensión estética, volverá a escribir la historia de Martín Fierro. De ese modo, el gaucho, esencializado hasta convertirse en símbolo identitario colectivo, en su multiplicidad polisémica daría sentido al pasado y sería el sustrato donde se asentaría el porvenir.

Hacia atrás, Lugones emparentaría a Martín Fierro con el linaje del Ulises homérico y con los paladines de las gestas medievales, colocando a la Argentina en la línea de continuidad de la cultura occidental. Posición que se completaría con la exhibición de un abierto antihispanismo.

Por otra parte, el gaucho, producto del mestizaje inicial entre indios y españoles, constituiría una “subraza de transición” porque si bien habría sido protagonista de la guerra de la independencia que nos emancipara y de la guerra civil que nos constituyera, contribuyendo a crear la peculiar institución del caudillaje que sirviera de fundamento al sistema federal, sus componentes raciales indígenas lo vinculaban con el atraso y su desaparición habría sido un beneficio para el país. Precisamente, el último servicio del gaucho a la formación de la nacionalidad argentina habría sido su protagonismo en la lucha contra el indio arrebatándole el desierto para dar paso a la civilización. Ese sacrificio lo homologaría a los titanes redentores que como Prometeo serían portadores de la civilización y, al mismo tiempo, al librarse con coraje sus combates por la libertad, el honor y la justicia daría cuenta de las virtudes constitutivas de los argentinos. Ideales caballerescos que apuntaban a señalar en los estancieros ya adueñados de un desierto que había devenido en un campo poblado de mases y ganados a la clase donde se sintetizaban los valores nacionales forjados desde la independencia.

La constitución de una república agrícola abierta a los inmigrantes del mundo donde se fomentaría la riqueza, la instrucción pública y una legislación liberal sería la obra de una oligarquía inteligente. Lugones, recurriendo a la opinión prestigiosa de Aristóteles y Renan, no dudaría en señalar que dicha clase generalmente realizaría los mejores gobiernos.

Bajo el signo de la utopía agraria en vías de concretarse en la tierra de los argentinos, Lugones sobreimpimiría motivos parnasianos en su rescate del clasicismo y entroncaría con la herencia del criollismo literario cultivado por Hidalgo, Acasubi, Estanislao del Campo, Rafael y Carlos Obligado para construir el perfil de una idea de nación de hondas reminiscencias románticas, ya que si algo la definiría en particular serían la lengua y la música. Estos elementos, sumados al marcado esteticismo de la construcción de *El payador*, conformarían los rasgos de un modernismo que al mismo tiempo reivindicaría el papel civilizador de la técnica.

Pero simultáneamente con la consolidación de la prosperidad en la Argentina modernizada, la “oligarquía inteligente” que la habría hecho posible se plantearía transformar esa república sin pueblo en una democracia viable, considerando que iría en ello la grandeza futura de la nación.

No obstante, la democracia fundada en el sufragio activaría reflexiones en Lugones que evocarían sus juveniles convicciones anarquistas y su persistente aristocratismo. Algunas de sus expresiones en ese sentido serían:

¡La política! He aquí el azote nacional. Todo lo que en el país representa atraso, miseria, iniquidad, proviene de ella o ella lo explota, salvando su responsabilidad con la falacia del sufragio [...] el pueblo [...] pobre siervo, a quien como el dormido despierto de las *Mil y una noches*, le dan por algunas horas la ilusión de la soberanía; ésta no le representa en el mejor de los casos, sino la libertad de forjar sus cadenas; y una vez encadenado, ya se encargan los amos de probarle lo que vale para ellos. En todos los casos, el resultado es siempre idéntico, al tener como función específica la imposición de reglas de conducta por medio de la fuerza, niega a la razón humana su única cualidad positiva, o sea la dirección de esa misma conducta. La ley que formula aquellas reglas, es siempre un acto de opresión, así provenga de un monarca absoluto o de una mayoría; pues el origen de la opresión poco importa, cuando lo esencial es no estar oprimido. Siempre es la fuerza lo que obliga a obedecer; y mientras ello subsista, basado en la ignorancia y en el miedo, que son los fundamentos del principio de autoridad, la libertad seguirá constituyendo un fenómeno puramente privado de la conciencia individual, o una empresa de salteadores. Si no nos abstemos, si realizamos la actividad posible, porque el deber primordial consiste en que cada hombre viva su vida tal como le ha tocado, esto no debe comportar una aceptación de semejante destino; antes ha de estimularnos a la lucha por la libertad, que constituye de suyo la vida heroica. La democracia no es un fin, sino un medio transitorio de llegar a la libertad. Su utilidad consiste en que es un sistema absurdo ante el dogma de obediencia, fundamento de todo gobierno; y esto nos interesa esclarecerlo sin cesar, dadas las consecuencias que comporta. Tal es el sentido recto de la filosofía, que desde los estoicos hasta los enciclopedistas, nos enseñan los amigos de la humanidad.¹²

Sobre el fondo libertario, se plantearía tanto la necesidad de un orden legitimado por los procedimientos democráticos, como las prevenciones que éste despertaba. El pedagogismo que Lugones atribuía a todo poema épico incluía, a medida que practicaba la sanción nacional del *Martín Fierro*, ese ir y venir del pasado al presente donde también, y no menos, residía su eficacia discursiva.

Si en la década de 1890, como bien lo ha investigado Adolfo Prieto,¹³ la literatura criolla a través de la difusión de folletos, de la representación de las aventuras de Juan Moreira en circos y teatros contribuyera a facilitar el proceso de asimilación de los inmigrantes, la operación literario-política fincada en Lugones tenía a desvincular al héroe Martín Fierro de toda significación ligada a la protesta social para encarnar en él el espíritu de la patria. Itinerario que recorría el proceso de nacionalización de las masas y que abría el camino a las versiones del nacionalismo espiritualista.

5. Unos y otros: respuestas a la encuesta de *Nosotros*

Mientras se llevaban a cabo las conferencias de Lugones, Ricardo Rojas, el autor de *La Restauración Nacionalista*, desde su cátedra de literatura –dictada en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires– colocaría el poema de Hernández en paridad respecto de la “Chanson de Roland” y la “Gesta del Mío Cid”.

¹² Leopoldo Lugones, *El payador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. 155-156.

¹³ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

Ante sendos eventos culturales, los directores de la revista *Nosotros*, que contaban entre sus colaboradores a un arco amplio de la intelectualidad argentina, decidieron convocar a una encuesta, publicada entre junio y octubre de 1913, donde pretendían averiguar el valor del *Martín Fierro*. Al respecto se preguntaban y les preguntaban a sus encuestados:

[...] El problema literario que plantean estas rotundas afirmaciones (las de Lugones y Rojas en favor del *Martín Fierro*) es de una importancia que nadie puede desconocer.

¿Poseemos en efecto un poema nacional, en cuyas estrofas resuena la voz de la raza? [...]

¿Es el poema de Hernández una obra genial, de las que desafían los siglos, o estamos por ventura creando una bella ficción, para satisfacción de nuestro patriotismo?¹⁴

Se darían a conocer 15 respuestas, de las cuales cinco se inclinarían por consagrarse el hallazgo de un poema épico donde fincar las bases culturales de la nación, en tanto las restantes, a las que se sumarían explícitamente los directores de *Nosotros* Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, negarían plegarse a dicha consagración.

En el análisis de la encuesta resulta sugerente reflexionar sobre las filiaciones ideológico-políticas de los participantes y considerar las argumentaciones a partir de las cuales fundamentaron sus posiciones. Unos y otros contaron en sus filas a miembros procedentes de los sectores liberales ligados al gobierno y de militantes o compañeros de ruta del socialismo. De todos modos, entre los que se reunieron en torno de la aprobación se pueden señalar matices, diferenciándose el tono exultante de Manuel Gálvez, autor de *El Diario de Manuel Quiroga*, donde abogaba por un nacionalismo belicista al considerar la guerra contra el Brasil como un modo de consolidar la unidad nacional y el carácter derogatorio de la Constitución al afirmar que si los extranjeros –portadores de ideologías revolucionarias– ponían en riesgo la gobernabilidad había que suspender sin más los derechos y garantías estipulados constitucionalmente. Posición que se distanciaría del nacionalismo propulsado por Rojas que –a diferencia de Gálvez, cuya inspiración barresiana lo llevaría a simpatizar con los componentes católico y monárquico– adheriría a un nacionalismo laico y democrático. Los demás, sea el caso del escritor Martiniano Leguizamón, provenientes de las filas tradicionales de la élite liberal, sea el caso de los socialistas –el escritor Manuel Ugarte y el filósofo Alejandro Korn–, recuperarían particularmente la posibilidad de autoafirmar la nación en la creación de una cultura original común.

Entre los opositores a la consagración se tornaría recurrente la teoría alberdiana del trasplante como argumento constitutivo del sentido común de numerosos intelectuales. Presentada inicialmente por el liberal Rodolfo Rivarola, concitaría la adhesión de varios de los encuestados. En ese sentido, se plantearía que en la Argentina moderna se estaría constituyendo un tipo social nuevo logrado desde la sustitución de los indios y mestizos por los inmigrantes. Por ende, no podía hablarse de evolución cultural sino del despliegue de una nueva cultura en formación. Se trataría de sostener, como Alberdi, que la civilización había prendido en el país al trasplantar, inmigrantes mediante, retoños vivos de costumbres civiles europeas a la tierra de la barbarie argentina.

Entre las opiniones socialistas se destacaría la de Antonio De Tomaso. Este joven militante reconocería la función político-cultural que la literatura cumpliría en la sociedad y por

¹⁴ La Dirección, “Segunda encuesta de ‘Nosotros’”, Buenos Aires, *Nosotros*, junio de 1813, No. 50, p. 425.

ello consideraría necesario diferenciar la tarea esclarecedora de Carducci o de Guerra Junqueiro en los procesos de laicización y democratización institucional de sus países, respecto de otros escritores al estilo de Rudyard Kipling –sostenedor de la idea de nación inglesa en el despliegue de un imperialismo conquistador– o de D’Annunzio, ensalzador de las conquistas de Trípoli y Cirenaica. Desde esa posición, De Tomasso polemizaba tanto con los inaugurales defensores del nacionalismo al modo de Gálvez, cuanto con los simpatizantes de la versión imaginada por Ingenieros. Si la literatura debiera inculcar en la sociedad valores laicos y respeto por las instituciones modernas, el *Martín Fierro* no podía ser el poema fundante de la nacionalidad argentina, más bien sería la contracara que había que dejar atrás para que, a partir de la diversidad cultural traída por los inmigrantes, se produjera una mezcla nueva. Por lo tanto, apropiándose de la expresión de los directores de *Nosotros*, De Tomasso concluiría que reivindicar el poema de Hernández como poema nacional sería crear una ficción para satisfacer el patriotismo.

Las tensiones recorrían todas las filas de la intelectualidad argentina y a los directores de *Nosotros* no dejaría de resultarles inquietante la opinión de Ingenieros que, en una carta enviada desde París, donde se encontraba autoexiliado por diferencias con el gobierno nacional,¹⁵ decía:

Si ““Martín Fierro” no durase por el poema de Hernández, duraría por las admirables conferencias de Lugones y por la autoridad literaria de Rojas. Con esos padrinos su arraigo en las letras argentinas será definitivo.¹⁶

Se había abierto una zona de interrogación que traducía las búsquedas por instalar una tradición selectiva donde se articulara el pasado del país y se constituyera una fuente dadora de sentido y orientadora de los valores en torno de los cuales se formaría a los ciudadanos del país y regirían la vida del conjunto de sus habitantes. Aunque el resultado de la encuesta mostrara la negativa a embarcarse sin más en la consolidación del nacionalismo culturalista, es un dato significativo el deslizamiento, aun entre los críticos del mismo, a considerar posible en el futuro de la nación mezclada la instalación de cierto unanimismo cultural donde lo diverso fuera disuelto en algo nuevo.

III

Los propósitos de este trabajo remitían tanto a la manera en que los intelectuales autorizaron sus discursos, cuanto a las representaciones de los mismos acerca de la nación a partir de la puesta en juego de sus ideas, de la sobreimpresión de discursos provenientes de diversos universos categoriales, de las versiones que produjeron en el contexto del Centenario de la Revolución de Mayo.

¹⁵ En 1911 Ingenieros se había presentado a concurso para la cátedra de Medicina Legal de la Facultad de Medicina. Como era usual en esa época, se elevaba al Poder Ejecutivo Nacional una terna de los profesores que habían alcanzado los mejores puntajes. El Poder Ejecutivo relegó a Ingenieros y éste decidió marcharse a Europa, renunciando a todas sus cátedras y cargos. En 1913 publicaría *El hombre mediocre*. Recién volvería al país en 1914 cuando el presidente de la Nación debió alejarse del cargo por enfermedad.

¹⁶ La Dirección, “Segunda Encuesta de ‘Nosotros’”, Buenos Aires, *Nosotros*, No. 52, agosto de 1913, p. 186.

Se puede admitir con Halperin Donghi que los intelectuales, cualquiera sea su posición respecto del poder, siempre mantienen cierta arisca actitud ligada a algunos de sus rasgos constitutivos, tales serían la práctica de la duda y la reflexión crítica. En los casos de González, Ingenieros y Lugones, los desencuentros relativos con algunas fracciones del poder no son tan significativos como la posibilidad de interlocución que lograron establecer independientemente de sus procedencias socio-culturales. Situación que traduciría tanto la fortaleza de un poder político que se supone capaz de reorientar correctivamente los rumbos de la sociedad, cuanto la extendida convicción de que también desde el poder debía crearse una esfera pública ligada a las ciencias, el pensamiento y las artes. En ese sentido, González, en su doble condición de intelectual y de político, aparece como el dirigente instalado a modo de gozne entre los intelectuales y el poder.

Por otra parte, González, Ingenieros y Lugones son representativos de las figuras de intelectuales que se estarían configurando en el incipiente campo intelectual porteño. Respectivamente, el intelectual/político, que entroncaba con las tradicionales figuras de Alberdi, Mitre, Sarmiento; el intelectual concebido como científico y alejado de la participación en la política partidaria que desde el saber contribuiría a diagnosticar los males sociales para orientar las terapéuticas adecuadas; y el poeta –escritor que desde el arte pretendía iluminar proféticamente los rumbos de la sociedad–. En ese sentido Ingenieros y Lugones están más cerca del posicionamiento que irán teniendo los intelectuales a medida que se efectivice la separación de las esferas política, económica y cultural en las sociedades modernas.

En cuanto a las representaciones intelectuales de González, Ingenieros y Lugones resulta necesario realizar algunas aclaraciones respecto de los problemas que orientaron mi búsqueda. Cuando me propuse volver a reflexionar sobre los debates solapados o frontales que se habían generado en la Argentina del Centenario, atravesada por la urgencia de recurrir a una selección del pasado desde la cual emprender el proceso incipiente de democratización política que se iba abriendo paso, debo reconocer que una y otra vez venía a mi mente como telón de fondo un libro de reciente aparición, en su traducción al español,¹⁷ donde se reproduce el artículo de Richard Rorty “The Unpatriotic Academy” y las discusiones que había suscitado en el interior de las izquierdas norteamericana e italiana. Más lejano todavía oía el eco de las discusiones que entre los intelectuales argentinos había provocado el debate entre Habermas y los historiadores revisionistas alemanes. En ambos casos se estaba intentado delinear sea un patriotismo, sea un nacionalismo, laicos y constitucionalistas, donde ciertos principios universales se tornaran prácticos en el interior de las experiencias históricas de sus respectivos países.

Lejos de tratar de cometer el error del anacronismo contra el que los historiadores hemos sido advertidos en numerosas ocasiones, mi preocupación se centró en tratar de poner en discusión a través de textos y autores representativos si algo parecido a un patriotismo constitucional podía pensarse en la Argentina y además quebrar la idea de que en cada tradición política había existido algo así como una unanimidad de ideas. En ese sentido, siguiendo tras las huellas de los análisis de Botana respecto de la tradición liberal y de Aricó respecto de la socialista pretendí realizar un análisis detenido sobre el *corpus* documental seleccionado.

¹⁷ Marta Nussbaum/Richard Rorty/Gian Enrico Rusconi/Maurizio Viroli, *Cosmopolitas o patriotas*, Buenos Aires, FCE, 1997.

Me parece verosímil afirmar que en los alrededores del Centenario, cuando ya la nación pensada como organización del estado nacional era una etapa concluida, había disponibles varias posibilidades respecto del modo de imaginar las ideas, principios o creencias que podían servir de referencia para un colectivo nacional.

Por un lado, el patriotismo constitucionalista, pergeñado por González, que fincaría sus bases en la tradición republicana y liberal, y que, sin embargo, corría el riesgo de ser marginado por las mismas iniciativas que desde los mismos sectores dirigentes del liberalismo ponían el acento en la búsqueda de un unanimismo cultural que alentara en las masas inmigrantes y nativas la adhesión sentimental a la nación. En ese sentido, los movimientos del diario *La Nación* resultan un particular sitio de mira desde donde se puede observar el desplazamiento de la atención concitada por la propuesta gonzaliana—especialmente elegido para continuar con el pensamiento de Mitre—al entusiasmo con que se sostiene la versión espiritualista de Leopoldo Lugones.

Se puede conjeturar que quizás al confundirse ciudadanía con la formación de una identidad nacional se podían conjurar los riesgos que para buena parte de la dirigencia liberal devanían de la extensión de una ciudadanía pensada como ampliación de los derechos políticos. ¿Por qué no ligar al colectivo en torno de los principios liberales de la Constitución? Allí precisamente podemos decir que los apenas cincuenta años de vigencia relativamente exitosa de la Constitución todavía resultaban muy débiles frente a un pasado pleno de anarquía y violencia que pesaba todavía como una amenaza demasiado cercana. En realidad, aún no podía hablarse de una tradición republicana y liberal sostenida en el consenso colectivo.

Esa situación, condicionada por el utilaje nocional disponible, hacía que al cruzarse positivismo y liberalismo el resultado fuera un creciente cercamiento a la libertad por medio del determinismo que imperaba en los parámetros teóricos de esa corriente de ideas.

Consecuencias no menos complejas hemos analizado en el caso del encuentro entre positivismo y socialismo. La idea central de igualdad en el socialismo quedaba también puesta en discusión ya que la relevancia atribuida a la lucha de razas en el pensamiento de Ingenieros conducía a una aporía que desembocaba en el mito de la nación-potencia como etapa inevitable del desarrollo pleno de una nación. Sin embargo, ahí también había otra versión disponible que podría encontrarse en Juan B. Justo. Pero en ese caso resultaría prescindible la idea de nación porque se ponderarían valores universales como libertad, igualdad, fraternidad internacional, desconfiando de cualquier propuesta nacionalista.

Ciertamente el arco de los nacionalismos que circulaban en ese momento presentaba *in fieri* aún ciertos ideologemas inquietantes, sea la raza, aunque se tomaran las precauciones de tratar de moderar el determinismo etnicista, sea la potencia vital, cuya energía, como lo señalara Gálvez, podía convertirse en el acto de purificación consagratoria a través de la guerra con otros países.

Sin embargo, cabe señalar que en ese momento —al menos en los textos y en los círculos intelectuales— tal como lo demuestra la encuesta de *Nosotros* todas las opiniones podían emitirse, el debate era posible y el futuro parecía como un horizonte más abierto a las promesas que al miedo. □

Bibliografía

- Altamirano, Carlos/Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, Anderson, 1997.
- Botana, Natalio/Ezequiel Gallo, *De la república posible a la república verdadera. 1880-1910*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Davis, Horace, *Nacionalismo y socialismo. Teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*, Barcelona, Península, 1972.
- Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, México, Grijalbo, 1985.
- Habermas, Jürgen, *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, Tecnos, 1989.
- Halperin Donghi, Tulio, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978.
- Jeffrey Herf, *El modernismo reaccionario*, México, FCE, 1993.
- Hobsbawm, Eric, *The invention of traditions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- — —, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991.
- Nussbaum, Martha (Joshua Cohen, comp.), *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y “ciudadanía mundial”*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Vachet, André, *La ideología liberal*, Madrid, Fundamentos, 1972.
- Zanetti, Susana (dir.), *Historia de la literatura argentina. Las primeras décadas del siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.
- Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés, 1995.
- Zuleta Álvarez, Enrique, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1973.